

La Iglesia Católica de Costa Rica antes del auge pentecostal

The Catholic Church in Costa Rica before the Pentecostal boom

Luis Orellana Urtubia

Instituto de Estudios Internacionales (INTE) de la Universidad Arturo Prat, Chile, luis_ubl@yahoo.com
<http://orcid.org/0000-0001-7411-2126>

Claudio Hernán Pérez Barría

Doctorado Interdisciplinario en Estudios Socio-religiosos en la Escuela EcuMénica de Ciencias de la Religión de la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, clauperl@yahoo.com

Zicri Orellana Rojas

Instituto de Estudios Internacionales (INTE) de la Universidad Arturo Prat, Chile, zicrikirtan@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-0366-7444>

DOI: <http://dx.doi.org/10.15359/abra.43-67.1>

Resumen: En este artículo, mediante un acercamiento socio histórico, se analiza el contexto religioso católico previo al auge pentecostal que se da desde los años 60 en Costa Rica. Es decir, una reflexión relacionada en torno a la Iglesia Católica del siglo XX. Se indaga dónde están las raíces y el talante que le permitió mantener su influencia, oposición y resistencia al ingreso del protestantismo. Las obras principales consultadas son: “La iglesia costarricense: entre Dios y el César” de Miguel Picado publicada en 1988; y, “Estado e iglesia católica en Costa Rica 1850-1920: en los procesos de control del espacio geográfico y la creación de un modelo costarricense”, de José Sandí, editada en 2012, más publicaciones inéditas de los años 30 y 50. Desde lo teórico, acudimos Pierre Bourdieu y su obra sobre el campo religioso. Se concluye que la Iglesia Católica, ante las leyes liberales, la cuestión social, la aparición del comunismo y el protestantismo, se supo acomodar para mantener su influencia tanto en lo político, religioso y cultural, de tal manera que, en la Constitución de la Segunda República (1949), continuó manteniendo el estatus de religión oficial.

Palabras clave: método; metodología; técnicas; ciencias sociales; diseño de investigación.

Abstract: In this article, through a socio-historical approach, the Catholic religious context prior to the Pentecostal boom that has occurred since the 1960s in Costa Rica is analyzed. That is, a reflection related to the Catholic Church of the 20th century. It investigates where the roots are and the spirit that allowed it to maintain its influence, opposition and resistance to the entry of Protestantism. The main works consulted are: “The Costa Rican Church: between God and Caesar” by Miguel Picado published in 1988; and, “State and Catholic Church in Costa Rica 1850-1920: in the processes of control of geographical space and the creation of a Costa Rican model”, by José Sandí, published in 2012, plus unpublished publications from the 30s and 50s. From the theoretical, we turn to Pierre Bourdieu and his work on the religious field. It is concluded that the Catholic Church, faced with liberal laws, the social issue, the appearance of communism and Protestantism, knew how to accommodate itself to



maintain its influence both politically, religiously and culturally, in such a way that, in the Constitution of the Second Republic (1949), continued to maintain the status of official religion.

Key words: method; methodology; techniques; social sciences; research design.

Fecha de recepción: 19/12/2022. **Fecha de aprobación:** 13/11/2023. **Fecha de publicación:** 21/12/2023.

Introducción

En 1930, el número de protestantes en Costa Rica ascendía a no más mil personas¹, estos representaban el 0,2 % en un país de 516.031 habitantes; 53 años más tarde, en 1983, este porcentaje se amplió al 6.8% en una población de 2.403.781 habitantes (Gómez, 1996, p. 36), mientras que en 2002 el porcentaje se incrementó al 16% (Holland, 2002, p. 2). La encuesta del Centro de Investigación y Estudios Políticos de la Universidad de Costa Rica en 2017 se empinaba al 17% (Avendaño, 2018) pero, el mayor impacto de los evangélicos en Costa Rica se visualizó durante elecciones presidenciales de 2018, cuando un candidato de trasfondo religioso pentecostal disputó la presidencia de la República alcanzando un 39% de los sufragios². Por consiguiente, surgen dos interrogantes, primero: ¿Cómo el protestantismo, pero en especial el pentecostalismo, construyó su capital religioso en una sociedad tradicionalmente católica? y, la segunda pregunta que centra nuestra atención en este trabajo es: ¿Cuál fue el contexto religioso católico previo al auge pentecostal que se da desde 1970? La primera interrogante ha sido trabajada de forma reducida, aunque no hay trabajos referenciales sobre los pentecostales anterior a los años 80 que respondan a la primera interrogante, sí consideramos que la obra más prolija es “Historia del protestantismo en Costa Rica” de Wilton Nelson publicada en 1983 donde el autor incorporó un apartado sobre los pentecostales. Luego, en los años 80, 90 e inicios del siglo XXI vinieron los estudios socio religiosos a nivel de Centroamérica que buscaron explicar el crecimiento de los pentecostales y neo pentecostales en la región. Un buen aporte en esta dirección son los estudios cuantitativos de Holland 2002; Bieske 1990 y Gómez 2014; los cualitativos a nivel de país y de Centroamérica (Valverde 1990; Schäfer 1992; Valderrey 1985) y aquellos sobre su legitimidad social (Orellana 2015; 2020). No obstante, en este trabajo nos interesa responder y reflexionar sobre la segunda pregunta relacionada con la Iglesia Católica del siglo XX.

¹ Costa Rica, es un país de Centroamérica con 51.100 km² de superficie. La provincia de Costa Rica con aproximadamente unos 50.000 habitantes alcanzó su independencia en 1821 sin alzamientos violentos. El país, prosperó a partir de 1830 al calor de la expansión cafetalera, luego con el cultivo del banano, actualmente el turismo constituye su principal ingreso. La crisis de 1930, que agudizó los conflictos sociales, estimuló una creciente intervención del Estado y puso a prueba la democracia liberal” (Molina y Palmer, 2008, p. viii).

² “El evangelista Fabricio Alvarado Muñoz, de Restauración Nacional, obtuvo el 39,3 por ciento de los votos” (Espallargas, 2018).



Ahora bien, para comprender esta pugna sobre la competencia en el ámbito religioso en Costa Rica, hemos recurrido a la teoría del campo religioso de Pierre Bourdieu, quien hace aportes esenciales sobre las creencias. Para este pensador, el campo religioso es entendido como el espacio en donde el conjunto de actores e instituciones religiosas producen, reproducen y distribuyen bienes simbólicos de salvación (1971). Por tanto, la dinámica propia del campo religioso se debe a la demanda objetiva de bienes simbólicos de salvación por los laicos. En ese sentido, la demanda y la oferta siempre responde a los intereses de los laicos, intereses que se expresan en lo religioso por demandas de legitimación, de compensación y de protesta simbólica. Por su parte, quienes ostentan el monopolio, buscan impedir el ingreso de nuevos actores y/o mantener el control de los medios de reproducción religiosa (Bourdieu, 1971; Dianteill y Löwy, 2009) como fue la clásica y bien documentada resistencia de la Iglesia Católica de nuevos actores religiosos en toda la región durante la Colonia y el siglo XIX (Bastian, 1990, pp. 97-214).

De tal manera, el objetivo de este artículo es comprender al catolicismo en la sociedad costarricense durante el siglo XX mediante el método socio histórico. Es decir, nos concierne indagar dónde están las raíces y el talante que le permitió mantener su influencia que justificaron su oposición y resistencia al ingreso del protestantismo y del pentecostalismo. En primer término, encontramos dos autores que trabajan o se refieren tangencialmente al tema que nos interesa abordar en nuestra reflexión. Ellos son Esteban Sánchez “La identificación del desarticulador del mundo católico: el liberalismo, la masonería y el protestantismo en la prensa católica en Costa Rica (1880-1900)” y Ricardo Martínez “Sociabilidad, religiosidad y nuevas cosmovisiones en la Costa Rica del cambio de siglo (XIX-XX)”. También, esta “El catolicismo en el contexto religioso de Costa Rica” de Antonio Troyo”. No obstante, para nuestro análisis consideramos fundamentales las dos obras siguientes: “La iglesia costarricense: entre Dios y el César” de Miguel Picado publicado por el Departamento Ecuménico de Investigaciones en 1988; y, “Estado e iglesia católica en Costa Rica 1850-1920: en los procesos de control del espacio geográfico y la creación de un modelo costarricense”, de José Sandí y editado por la Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión de la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica en 2012. Optamos por estas últimas por tres razones: a) por la profundidad del análisis y los temas trabajados, b) el usos de fuentes primarias y c) el nivel de independencia. El trabajo de Esteban Sánchez (2010), si bien esta sólidamente documentado y bien estructurado cubre un periodo y tema distinto al nuestro, algo parecido ocurre con el artículo de Ricardo Martínez (2013). En el caso del libro de Antonio Troyo (2002), esta es una obra breve escrita por un obispo católico, de carácter narrativa, sin un análisis crítico, tiene por finalidad ubicar al lector mediante una vista panorámica del catolicismo en Costa Rica, además en varios aspectos toma como referencia el libro de Miguel Picado.



La herencia de la Iglesia Católica

La presencia de la Iglesia Católica en Costa Rica se inscribe y se comprende únicamente si se sitúa dentro del contexto de Latinoamérica, tanto en los periodos de conquista, colonial, independencia y la constitución de la vida republicana. Durante la Colonia, la Iglesia fue parte de la Diócesis de León, Nicaragua, y en 1850 se creó la Diócesis de San José, lo que significó un vínculo directo con el Vaticano, siendo el legado más importante del siglo XIX. Desde entonces la doctrina de la Santa Sede ejercerá un influjo directo sobre la Iglesia costarricense.

Por su parte, Costa Rica, al haberse independizado de España en 1821 - si bien fue un hecho importante - no afectó la relación de la Iglesia con el Estado, ni impidió “el papel preponderante de la Iglesia en la producción de sentido social” (Picado, 1988, p. 42). El régimen del Patronato pasó del rey de España a las autoridades del nuevo Estado costarricense, que fue el único cambio importante en las relaciones Iglesia-Estado, pues “la cristiandad colonial persistió hasta el triunfo de los liberales” (Picado, 1988, p. 43) en 1884 cuando se dictaron las leyes liberales y se cristalizó (aunque no definitiva) la separación entre la Iglesia y el Estado (Picado, 1988, p. 42). Estas leyes liberales consistieron en la derogación del concordato, la secularización de los cementerios, la prohibición de las procesiones religiosas fuera de los templos (excepto en determinadas fiestas), la prohibición de combatir la enseñanza laica por el hecho de ser laica, el retiro de las licencias para pedir limosnas, la prohibición de establecer comunidades religiosas y el desconocimiento de los votos religiosos. Posteriormente (1887), se aprobó el divorcio y el matrimonio civil, aunque el matrimonio eclesiástico surte efectos civiles. Estas leyes estuvieron acompañadas por la violenta expulsión de Mons. Bernardo A. Thiel y de los padres de la Compañía de Jesús. En definitiva, estos hechos plasmaron la separación Iglesia-Estado (Picado, 1988, p. 57).

Las leyes liberales de 1884, sin lugar a duda fueron un duro golpe para la Iglesia costarricense, sin embargo, se supo acomodar para mantener su influencia tanto en lo político, religioso y cultural, de tal manera que, en la Constitución de la Segunda República (1949), continúa manteniendo el estatus de religión oficial.

Ahora bien, la dictación de la leyes liberales de 1884 “fue el intento formal de fundamentar la sociedad costarricense prescindiendo de la religión católica” (Picado, 1988, p. 69), lo que en opinión del propio Picado, “el plan estaba destinado al fracaso... pues el pueblo necesitaba de la religión para dar sentido a su existencia” (Picado, 1988, p. 69), por tanto era urgente “un nuevo *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado, pues en lo sustancial ni la Iglesia ni el Estado fueron lo mismo después de las reformas plasmadas en las leyes de 1884” (Picado, 1988, p. 69). En la práctica, esto significó que no se llegó a una separación total pero sí a un distanciamiento y a una renegociación. La Iglesia recuperó sus garantías institucionales básicas, mínimas, a cambio de renunciar definitivamente a las tesis concordatarias. Por su parte, el Estado no volvería a crear problemas a la labor espiritual de la Iglesia, bajo la condición que los sacerdotes y obispos restringieran la evangelización al ámbito de las



conciencias individuales y aceptaran predicar una religión sin proyección social (Picado, 1988, p. 69). Sin embargo, esto no fue un obstáculo para que el Estado y la Iglesia se legitimaran mutuamente. Sandí, en su investigación, nos proporciona dos valiosos aportes al respecto, entre otros, que nos ayudan a comprender el rol de la Iglesia Católica costarricense y su justificación como religión oficial, a saber: 1.- El proceso de legitimidad mutua que se construyó entre la Iglesia y el Estado para su coexistencia, a pesar que debieron enfrentar momentos tensos en sus relaciones durante el periodo de construcción del estado republicano y 2.- El rol que desempeñó la Iglesia Católica en la ocupación del territorio.

Según Sandí, la Iglesia durante el siglo XIX e inicios del XX, fue una institución garante del orden social imperante en Costa Rica, por tanto, defendió la unión entre ella y el Estado. Este proceso de legitimación de la Iglesia ante el Estado se fundamentó en engrandecer el rol e imagen del sacerdote, especialmente la del cura párroco, como la figura de un hombre de respeto y autoridad, tanto para beneficio de la misma Iglesia como para el Estado. Un buen ejemplo de lo anterior fue publicado en 1933 por *Eco Católico* (p. 19), cuyo tiraje superaba las 16.000 unidades:

Los fieles católicos deben todo respeto y aprecio al sacerdocio. A sus propios obispos la máxima reverencia después del Papa; ha de dárseles de palabra y por escrito el trato de Excelencia o Excelentísimo Señor y al saludarles personalmente se ha de hacer genuflexión con la rodilla derecha y besar el anillo pastoral. Se va perdiendo la costumbre de besar la mano al sacerdote; pero hemos de advertir que dicha costumbre tiene base muy sólida en la fe, por el carácter sagrado del sacerdote y los poderes que ejerce. Las manos sacerdotales consagran en la Santa Misa, bendicen se levantan para perdonar y anunciar la Palabra de Dios. “El que al altar sirve, del altar debe vivir” enseñó la Iglesia desde el principio por boca de San Pablo. Con la Religión no se comercia en ninguna. Los fieles deben contribuir al sostenimiento del sacerdocio para que éste no se vea obligado a buscar el pan de otro modo y se consagre al bien espiritual del pueblo.

De forma paralela a lo anterior, la Iglesia buscó por todos sus medios formar un habitante que respetara el orden establecido y respaldar a sus autoridades, instituciones y acuerdos políticos. También, se esforzó por crear un costarricense preocupado por la salubridad y educación pública. Es decir, la Iglesia Católica incentivó la formación de un costarricense que estuviera dispuesto a morir en el campo de batalla antes de ver pisoteada y ultrajada su bandera, su tierra, su patria, sus leyes, su religión, sus posesiones. “La jerarquía de la Iglesia Católica costarricense buscó y logró legitimar su imagen ante la sociedad en un proceso lento pero eficaz... mediante la ayuda proporcionada por la Iglesia... al Estado, se fue formando un perfil de costarricense útil para ambas instituciones” (Sandí, 2012, pp. 148-149). Por su parte, los gobiernos como administradores del Estado y una forma de legitimarse ante el pueblo y la Iglesia misma, compensó al decretarla la religión oficial, hecho que quedó establecido en todas las constituciones políticas que ha tenido Costa Rica, y, además, de subvencionar sus gastos de mantención



de templos (Sandí, 2012, p. 150), es decir, una perfecta relación de concomitancia entre la Iglesia y el Estado.

El segundo aporte que Sandí nos entrega en su estudio está relacionado con la tipificación de las diversas maneras que la Iglesia colaboró con el Estado en el proceso del control y apropiación del espacio geográfico catalogado como costarricense. En primer lugar, la Iglesia hizo mención de la construcción de un mercado interno que permitió la expansión agrícola, que incentivó no solo los procesos migratorios, sino también, las construcciones de templos y erecciones de parroquias. En un segundo lugar, observó cómo la construcción de un templo, la devoción a un santo patrón y la llegada de un sacerdote a una comunidad fueron elementos importantes en el proceso de control y apropiación del espacio geográfico y consolidación de una identidad local. Asimismo, se justificó su accionar recurriendo a la amenaza del protestantismo, tal como la imaginó el Obispo Bernardo Thiel de San José en 1895:

Thiel... argumenta y menciona que la ayuda debe de llegar pronto pues: La necesidad es tanto más urgente, cuanto que los protestantes, de diferentes sectas están ya construyendo varias capillas para su gente, recibiendo auxilios grandes del extranjero... No podemos ver con indiferencia que los protestantes, en un país católico como Costa Rica, se distingán por un celo mayor que los mismos católicos, que sabemos ser nuestra Religión la única verdadera, fundada por Cristo y por ello, la Iglesia apuró el paso a los curas para que realizaran los turnos correspondientes para la construcción de los templos de la línea férrea (Sandí, 2012, p. 342).

La cita anterior es un buen ejemplo de cómo la cabeza de la Iglesia Católica en su afán de “ser la única fe”, no solo se limitó a legitimar los procesos migratorios y el dominio territorial “costarricense, sino que, también, promovió su poblamiento con fines no necesariamente políticos, sino también religiosos, en este caso para evitar la estadía y propagación de credos disímiles al que ella impulsaba” (Sandí, 2012, p. 345), y este accionar vino a acrecentar su capital religioso y cultural que en momentos claves en la historia de Costa Rica se hizo valer. Tal estrategia, dificultó, retrasó y obstaculizó, primero, la llegada del protestantismo y, luego, del pentecostalismo, pues el ofrecimiento de una nueva religión debió enfrentarse a un catolicismo altamente concientizado por el cura residente y con un profundo sentido de pertenencia y apego a las tradiciones católicas. Pues, quienes ostentan el monopolio de ser la religión oficial o del Estado buscará impedir la llegada de nuevos actores para mantener los medios de reproducción religiosa. Al menos eso fue durante gran parte del siglo XX. (Bourdieu, 1971; Dianteill y Löwy, 2009).

La Iglesia Católica y sus avatares en el siglo XX

Por su parte, en el contexto internacional, el desplome de la bolsa de Nueva York en 1929 produjo una prolongada crisis e impacto en las condiciones de vida de la población en Costa Rica, no



solo golpeó la economía sino también la paz social, he hizo que tambalearan los gobiernos de la época y sus políticas liberales. Este acontecimiento dio paso al movimiento popular y la aparición del Partido Comunista en 1931, además, “entre las consecuencias de la crisis (estuvo) el debilitamiento del cerco liberal contra la institución eclesiástica” (Picado, 1988, p. 87). Ante la desbastadora crisis del modelo agroexportador y para salvar el sistema imperante, se gestó un acuerdo entre los dirigentes del Gobierno y la Iglesia. Una vez más religión y política buscaron legitimarse mutuamente, en el caso de Costa Rica, dejando en el pasado las leyes de 1884. Fue así como el clero dispuso de mayor libertad para dar curso al pensamiento social de la Iglesia, esto, como alternativa al movimiento obrero liderado por el comunismo. El objetivo era competir con el Partido Comunista, pues este conquistaba adeptos entre obreros y campesinos vinculados especialmente a las empresas bananeras. En este sentido, se debe recordar que, en 1934, con el liderazgo de comunistas en diversos conflictos sociales - entre ellos la huelga bananera - se produjo un cambio decisivo en el discurso eclesiástico (Molina, 2009, p. 102, 103). “La aparición del comunismo fue la oportunidad para que el catolicismo enarbolara la bandera del anticomunismo y declararse defensores de la civilización cristiana” (Picado, 1988, p. 89), esto, mucho antes de la Guerra Fría. Veamos el ejemplo siguiente:

Con la venia de las autoridades civiles y en conjunción con el Tercer Centenario del hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, el clero organizó una grandiosa manifestación. La prensa informó de esta forma: “40 MIL OBREROS Y CAMPESINOS DE TODO EL PAIS FUERON A CARTAGO A TRIBUTAR HOMENAJE A LA VIRGEN DE LOS ANGELES” ... la manifestación del 11 de agosto de 1935 no fue convocada ni organizada por obreros, sino por sacerdotes. No se pregonaron lemas relativos a las condiciones de vida: salarios, seguros, desempleo, carestía de los alimentos, trabajo de mujeres y de niños. Se vocearon consignas a la vez religiosas y anticomunistas: “Soberana Reina, no permitas que Rusia imponga su doctrina comunista en Costa Rica para que siempre se confiese a Cristo Redentor”... Así pues, el anticomunismo cambió la actitud de los liberales hacia la Iglesia... En 1935 se le dio carácter político a una manifestación religiosa. El giro no podía ser más radical. Esa fue la puerta que encontró la Iglesia institucional para inmiscuirse en el mundo político (Picado, 1988, p. 88).

No obstante, la Iglesia Católica costarricense tardó en intervenir en “la cuestión social”, y, más bien, reforzó el enfoque de “manos quietas” respecto de los problemas sociales. No existían razones para que esto fuese así, pues, en 1891 el Papa León XIII publicó la Carta Magna de la doctrina social de la Iglesia Católica: la encíclica Rerum Novarum. Este documento era la respuesta, tanto al socialismo como a la proletarianización, donde la Iglesia reclamaba la protección de los asalariados. Sin embargo, en Costa Rica el clero tuvo defensores e impugnadoras del orden vigente, he hizo que sus aportes en materia de orden social tardaran en llegar. Los años 1920-1930 prepararon las mentalidades de las



décadas siguientes. Monseñor Thiel, redactó su carta pastoral en 1893 sobre el “Salario Justo” donde hizo una fuerte crítica sobre el escaso interés del Estado en la cuestión social, no obstante, con posterioridad “ensalza las virtudes de la pobreza y la necesidad de recibir la caridad pasiva, en vez de trabajar por la organización de los trabajadores” (Rosenberg, 1977, p. 120). El catolicismo frente a la cuestión social fue titubeante, y es cierto que las autoridades, tanto desde la prensa y el púlpito, denunciaron las injusticias sociales. Sin embargo, “no se llegó al terreno de los hechos en lo relativo a la defensa de los intereses de los obreros en cuanto a grupo social” (Picado, 1988, p. 93), solo hubo algunas excepciones como la de 1943-1944 impulsada por Monseñor Sanabria en el contexto mismo del fervor de la reformas sociales donde se dio una alianza entre el Partido Comunista y la Iglesia Católica en el ámbito sindical. Esta alianza, que fue facilitada por un Comité de enlace, empezó a desaparecer a finales del último año indicado, y llegó a concretizarse en el congreso efectuado por la Central los días 21 y 22 de diciembre de 1944, donde se anunció que ese movimiento sindical no dependía ya directamente de la Iglesia (Backer, 1975, p. 127). En síntesis, en la década del cuarenta en Costa Rica, el Estado comenzó a surgir como factor político y social de importancia, por ende se establecieron las bases institucionales para una reforma social y se crearon las instituciones para la administración de esas reformas. Durante ese periodo surgieron fundamentales y persistentes segmentaciones políticas y por primera vez “los grupos políticos organizados comenzaron a jugar un papel continuo e importante en la determinación... de la problemática social” (Rosenberg, 1977, p. 149). Es así que el rol del Partido Comunista y el apoyo de la iglesia Católica al programa reformista fue vital. En esta dirección, corresponde mencionar que el más significativo apoyo de la Iglesia Católica fue el acuerdo entre Calderón Guardia (presidente de Costa Rica) y Manuel Mora (líder del Partido Comunista) que tuvo que ampliarse para incluir a la Iglesia representada por Mons. Sanabria. Se trató de buscar un consenso y reglas para la interacción de los tres actores. Este acuerdo, se ha llamado la alianza inverosímil. Este pacto, fortaleció al movimiento popular y en contrapartida, precipitó el avance de las fuerzas opositoras hacia un reagrupamiento y una consolidación. El pacto trilateral se formuló con ocasión de una iniciativa reformadora de Calderón Guardia: las Garantías Sociales, proyecto enviado al Congreso el 1º de mayo de 1942. Como había sucedido con el Seguro Social, también en esta oportunidad el Arzobispo y los restantes obispos de la Provincia Eclesiástica de Costa Rica brindaron su apoyo al plan, aprobado el 2 de junio de 1943. Pocos días después, el 14 de junio, aparecen las cartas cruzadas entre el jefe del Partido Comunista, Manuel Mora y Víctor Sanabria M., Arzobispo de San José (Picado, 1988, p. 122). Según Iván Molina, el fin del apoyo de la Iglesia Católica al plan reformista era “disputarle el voto popular urbano a los comunistas. Por su parte, Picado (1988, p. 102, 103) opina que entre los fundadores del Partido Comunista un número importante de ellos y ellas tenían antecedentes cristianos y que esto facilitó las negociaciones con Monseñor Sanabria. La novela A ras de suelo de la militante comunista Luisa González es una prueba de ello; en la narrativa la autora hace una acuciosa descripción de la religiosidad popular cotidiana de un hogar suburbano josefino de los años 30. El otro es Carlos



Luis Falla en su novela *Marcos Ramírez* donde menciona la religiosidad de su madre, asimismo en *Mi Madrina*.

Ahora bien, debido a las vicisitudes de la competencia electoral, “ese proyecto se convirtió, desde inicios de 1941, en la base de una colaboración cada vez más estrecha entre el gobierno y la dirigencia del comunismo costarricense” (Molina, 2009, p. 11) que vino a ser exitoso y puso las bases de un Estado de bienestar que ubicó a Costa Rica en la segunda mitad del siglo XX a la vanguardia de Latinoamérica en acceso a la salud, educación y la disminución de la pobreza. En un contexto de esta naturaleza como la de los años 30 y 40, al pentecostalismo se le hizo muy difícil conectar su propuesta con la sociedad costarricense. Pues, la atención de los sectores populares era aprehendida por el movimiento obrero liderado por el Partido Comunista, eran propuestas políticas e ideológicas reformistas ampliamente anheladas por las masas, asimismo, estaba el fuerte monopolio de las creencias por parte del catolicismo enraizado en la religiosidad popular conservadora y anti comunista. Esto claramente condicionó el hecho que la Constitución de 1949 mantuviera la oficialidad de la Iglesia Católica, lo que, además significó que el protestantismo fuese considerado una minoría religiosa con escaso arraigo en Costa Rica; no obstante, los legisladores olvidaron, o no consideraron, que era una minoría religiosa activa. El rápido crecimiento de los protestantes entre los años 1942 y 1980 no pasó inadvertido por la Iglesia de Roma, por tanto, profundizó sus ataques y acusaciones especialmente por la prensa, donde, a manera de ejemplo, el Obispo de San José, en enero de 1957, presionó a los padres para que no enviaran a sus hijos a colegios protestantes con la amenaza de la excomunión (La Nación, 1957, p. 17). Esta actitud es comprensible y afín a lo argumentado por Max Weber: “toda autoridad... oficial de una iglesia...lucha especialmente contra cualquier religión virtuosa y contra su desarrollo independiente... intenta ordenar la religiosidad de las masas... oficialmente monopolizados y mediatizados” (2010, p. 45). Por su parte, quienes ostentan el monopolio buscan impedir que ingresen nuevos actores y/o mantener el control de los medios de reproducción religiosa (Bourdieu, 1971; Dianteill y Löwy, 2009). Empero, una leve mutación se dio en el catolicismo con el advenimiento del Vaticano II (Nelson, 1983, p. 317). Por su parte la religiosidad popular católica, pero de forma casi independiente de la jerarquía al igual que en el resto del continente, da el sí a que la mayor parte de la población viva su fe en torno a sus santos o virgen de voto. En este contexto, existen más de 2.000 pueblos en Costa Rica que llevan el nombre de un santo católico, y en muchos de estos lugares el día más importante del año es el día de la celebración de su santo patrono, conocidas como “fiestas populares”, que incluyen procesiones religiosas donde llevan imágenes del santo por las calles principales, desfiles de caballos y bueyes con carretas pintadas de estilo tradicional, la plaza de toros, carnavales, bailes y mucho licor. Estos festivales o turnos son más de tipo social y comunal que religioso en la mayoría de los pueblos” (Holland y Sequeira, 2003, p. 8). Adicionalmente, con la venia de las autoridades eclesiales, miles de personas viajan de todo el país a la ciudad de Cartago (antigua capital en tiempos de la Colonia) a tributar homenaje y a la celebración de Nuestra Señora de los Ángeles, el 2 de agosto de cada año, virgen declarada patrona de Costa Rica. Esta es la principal fiesta religiosa



católica de la nación que data del tiempo de la Colonia. No obstante, en los años 70, la iglesia debió, por una parte, congeniar con la aparición en su seno del movimiento carismático, y, por otra parte, con la Teología de la Liberación; y luego con el crecimiento casi explosivo del movimiento pentecostal y del neo pentecostalismo. Es así como “cuando han llegado nuevas creencias que satisfacen mejor las mismas necesidades, las primeras religiones se han visto suplantadas” (James, 2004, p. 252). Por tanto, el campo religioso se diversificó y el monopolio del catolicismo fue debilitado considerablemente (Bourdieu, 1971; Dianteill y Löwy, 2009).

Conclusión

De acuerdo con el objetivo planteado de comprender al catolicismo en la sociedad costarricense durante el siglo XX y la reflexión desarrollada, es posible constatar lo siguiente:

La Iglesia buscó por todos los medios formar un habitante respetuoso del orden establecido, y apoyar a sus autoridades, instituciones y acuerdos políticos. Por tanto, la jerarquía de la Iglesia Católica costarricense buscó legitimar su imagen ante la sociedad en un proceso lento pero eficaz, mediante su favor al Estado al formar un ciudadano útil para ambas instituciones. Por su parte, los gobiernos en cuanto administradores del Estado, la compensó al decretar a esta como la religión oficial, hecho establecido en todas las constituciones políticas que ha tenido Costa Rica.

La crisis económica estadounidense de 1929 produjo un impacto en las condiciones de vida de la población en Costa Rica, crisis que terminó por anidar al movimiento popular y la aparición del Partido Comunista en 1931. En este contexto, se gestó un acuerdo entre los dirigentes del Gobierno y la Iglesia. Una vez más, religión y política buscaron legitimarse mutuamente, dejando en el pasado las tensiones existentes, fruto de las leyes de 1884.

El referido acuerdo permitió que el clero disponga de mayor libertad para dar curso al pensamiento social de la Iglesia como alternativa al movimiento obrero liderado por el comunismo. La idea en este sentido era competir con el Partido Comunista. Adicionalmente, y en un hecho inédito, la aparición del comunismo fue la oportunidad para que el catolicismo enarbolará la bandera del anticomunismo y se declarase defensor de la civilización cristiana, esto, mucho antes de la Guerra Fría. Aun así, la Iglesia Católica fue titubeante en intervenir en “la cuestión social”, siendo la acción más significativa la impulsada por Monseñor Sanabria en el contexto mismo del fervor de las reformas sociales donde se dio una alianza entre el Partido Comunista y la Iglesia Católica en el ámbito sindical pero, de corta data. Alianza que, además, jugó un rol determinante para el emergente Estado reformista costarricense, tanto en lo social como en lo institucional.

Finalmente, en el mencionado contexto de los años 30 y 40, al pentecostalismo se le hizo muy difícil conectar su propuesta con la sociedad costarricense. Pues, la atención de los sectores populares



era aprehendida por el movimiento obrero liderado por el Partido Comunista, mediante propuestas políticas e ideológicas reformistas ampliamente anheladas por las masas. Asimismo, estaba el fuerte monopolio de las creencias por parte del catolicismo enraizado en la religiosidad popular conservadora y anticomunista, asunto que claramente condicionó el hecho que la Constitución de 1949 mantuviera la oficialidad de la Iglesia Católica, lo que, además, significó que el protestantismo fuese considerado una minoría religiosa con escaso arraigo en Costa Rica.

Tal escenario, mutó de forma significativa a partir de los años 70, con un constante crecimiento del pentecostalismo y neopentecostalismo. Sobre esta transformación religiosa y la Iglesia Católica, los estudios son mínimamente escasos.

Referencias

- Avenidaño, M. (2018). *Movimiento evangélico en Costa Rica: del 'servicio de Dios' a la conquista política*. <https://www.elfinancierocr.com/economia-y-politica/movimiento-evangelico-en-costa-rica-del-servicio/5NROWY6WQVHHRIFU2JSSV2JHEE/story/>
- Backer, J. (1975). *La Iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*. Editorial Costa Rica.
- Bastian, J. (1990). *Historia del protestantismo en América Latina*. Ediciones CUPSA.
- Bieske, S. (1990). *El explosivo crecimiento de la Iglesia evangélica en Costa Rica*. Editora Jossmay.
- Bourdieu, P. (1971). Genèse et structure du champ religieux. *Revue française de Sociologie*, XII, pp. 295-334. https://www.persee.fr/doc/rfsoc_0035-2969_1971_num_12_3_1994
- Dianteuil, E. y Löwy, M. (2009). *Sociologías y religión, Aproximaciones disidentes*. Manantial.
- Eco Católico. (1 de enero de 1933). *Los fieles y sus superiores eclesiásticos*. Tomo IV, N° 1, p. 19.
- Eco Católico. (28 de mayo de 1933). p. 372.
- Espallargas, A. (2018). *El oficialista Carlos Alvarado gana las elecciones presidenciales en Costa Rica*. https://www.abc.es/internacional/abci-oficialista-carlos-alvarado-gana-elecciones-presidenciales-costa-rica-201804020451_noticia.html
- Gómez, J. (1996). *El crecimiento y la deserción en la iglesia evangélica costarricense*. Publicaciones IINDEF.
- Gómez, J. (2014). *El crecimiento y la deserción en la iglesia evangélica costarricense*. 4ª edición corregida y ampliada. Publicaciones IINDEF.
- González, L. (1988). *A ras de suelo*. Editorial Costa Rica.
- Holland, C. (2002). *Religión en Costa Rica*. PROLADES.
- Holland, C. y Sequeira, P. (2003). *Serie de perfiles sociorreligiosos nacionales sobre nuevos movimientos religiosos (NMRS)*. PROLADES. https://www.academia.edu/11965895/Perfiles_de_Nuevos_Movimientos_Religiosos_en_Costa_Rica
- James, W. (2004). *Las variedades de la experiencia religiosa*. Ediciones Península.
- La Nación. (31 enero de 1957). p. 17.
- Martínez, R. (2013). Sociabilidad, religiosidad y nuevas cosmovisiones en la Costa Rica del cambio de siglo (XIX-XX). REHMLAC+, *Revista De Estudios Históricos De La Masonería Latinoamericana Y Caribeña Plus*, (1). <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rehmlac/article/view/22482>



- Molina, I. (2009). *Anticomunismo reformista: Competencia electoral y cuestión social en Costa Rica 1931-1948*. Editorial Costa Rica.
- Molina, I. (2006). Orígenes de la reforma social en Costa Rica: Iglesia católica y comunistas en la década de 1940. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, N° 25, pp.137-145. <https://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/170>
- Molina, I, y Palmer, S. (2008). *Costa Rica del siglo XX al XXI. Historia de una sociedad*. EUNED.
- Nelson, W. (1983). *Historia del protestantismo en Costa Rica*. Publicaciones IINDEF.
- Orellana, L. (2020). El movimiento Pentecostal en Costa Rica 1930-1980. En: *Sociología del pentecostalismo en América Latina*, editado por Miguel Mansilla y Mariela Mosqueira, 245-272. Ril Editores, Universidad Arturo Prat.
- Orellana, L. (2015). *La legitimidad social, cultural y religiosa del pentecostalismo en Chile y Costa Rica entre los años 30s. y 70s*. Tesis doctoral. Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.
- Picado, M. (1988). *La iglesia costarricense: entre Dios y el César*. Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Rosenberg, M. (1977). La política social, el estado y la cuestión social en Costa Rica: 1845-1939. *Revista de Historia*, N° 4, p. 113-148. <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/historia/article/view/11937>
- Rosenberg, M. (1977). Reforma Social y conflicto político: La huelga médica como preludeo a la guerra civil costarricense de 1948. *Revista de Historia*. N° 3, pp. 149-170. <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/historia/article/view/11820>
- Troyo, A. (2002). *El catolicismo en el contexto religioso de Costa Rica*. EUNED.
- Sandí, J. (2012). *Estado e iglesia católica en Costa Rica 1850-1920: en los procesos de control del espacio geográfico y la creación de un modelo costarricense*. Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión de la Universidad Nacional.
- Sánchez, E. (2010). La identificación del desarticulador del mundo católico: el liberalismo, la masonería y el protestantismo en la prensa católica en Costa Rica (1880-1900). REHMLAC+, *Revista De Estudios Históricos De La Masonería Latinoamericana Y Caribeña Plus*, 2(2). <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rehmlac/article/view/6595>
- Schäfer, H. (1992). *Protestantismo y crisis social en América Central*. Universidad Luterana Salvadoreña y Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Valderrey, J. (1985). *Las sectas en Centroamérica*. Boletín Pro Mundi Vita 100, 1.
- Valverde, J. (1990). *Las sectas en Costa Rica: Pentecostalismo y conflicto social*. Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Weber, M. (2010). *Sociología de la religión*. Colofón.

